

# NOSOTROS LOS LEDESMA (EL ESCRITOR ANTONIO LEDESMA HERNÁNDEZ EN LA NOVELA "ANTES DEL MEDIODÍA" DE RAMÓN LEDESMA MIRANDA)

Dr. ANTONIO JOSÉ LÓPEZ CRUCES  
Catedrático de Lengua y Literatura

A Manuel del Águila con afecto cordial

**ABSTRACT:** *Antes del mediodía* (1930) the first long novel by Ramón Ledesma Miranda (1901-1963), markedly autobiographic and inspired by Proust's *À la recherche du temps perdu* shows the characters of an uncle named Juan and a cousin named Luz. These affectionately described characters embody respectively the writer's own uncle Antonio Ledesma Hernández (1856-1937), who was born in Almería, and his cousin Ventura Ledesma.

**Key words:** Ramón Ledesma Miranda, "Antes del mediodía", Antonio Ledesma Hernández, Ramón Ledesma Hernández, Ventura Ledesma.

**RESUMEN:** En la primera novela extensa de Ramón Ledesma Miranda (1901-1963), *Antes del mediodía* (1930), de marcado sesgo autobiográfico y escrita bajo la inspiración del Proust de *À la recherche du temps perdu*, aparecen entrañablemente reflejados, en los personajes del tío Juan y de la prima Luz, su tío, el escritor y abogado almeriense Antonio Ledesma Hernández (1856-1937), y su prima, Ventura Ledesma.

**Palabras clave:** Ramón Ledesma Miranda, "Antes del mediodía", Antonio Ledesma Hernández, Ramón Ledesma Hernández, Ventura Ledesma.

## 1. INTRODUCCIÓN

*Antes del mediodía* es la primera novela extensa del novelista, poeta, ensayista y traductor Ramón Ledesma Miranda. Escrita entre octubre de 1928 y 1930, apareció en Madrid este último año editada por la editorial Renacimiento. Para la realización de este trabajo he manejado el ejemplar que poseía en su biblioteca particular el escritor Gabriel Miró, conservada hoy en la Biblioteca “Gabriel Miró” de Alicante. En el mismo puede leerse la siguiente dedicatoria del joven Ledesma Miranda al creador de *Nuestro Padre San Daniel* y *El obispo leproso*: “A Gabriel Miró, homenaje de un apasionado lector de sus obras. El Autor. Mayo 1930. s/c Zurbarán 30”. El alicantino no pudo leer la novela de su joven admirador, porque fallecía el 27 de ese mismo mes a la edad de cincuenta años y era enterrado el 29 en el madrileño cementerio de La Almudena (en el que también será enterrado en 1963 Ledesma Miranda). La obra recoge, tras



1. Ramón Ledesma Miranda

asimilar su autor los estilos del Proust de *À la recherche du temps perdu* y de *Les nourritures terrestres* de André Gide, los recuerdos del protagonista Enrique Almada sobre su infancia, su adolescencia y su juventud vistas desde la inminencia del “mediodía” de su vida, esos treinta años que maldijera Espronceda. Eugenio de Nora (1962: 300) afirma que, aunque la novela se quiere una plasmación pretendidamente objetivada, en realidad es “transparentemente autobiográfica”; también Joaquín de Entrambasaguas (1963: 509) destaca la “forma biográfica” de la obra. En el *Preliminar* de la novela, Ledesma Miranda, que –siguiendo un procedimiento literario habitual en nuestras letras–, se dice mero editor del manuscrito de su ya fallecido amigo Enrique Almada, recuerda que cuando lo invitó a escribir sus memorias la respuesta de éste fue: “Escribir unas memorias es demasiada atrocidad. ¿Una novela? Algo también intermedio entre una cosa y otra, pero escrupulosamente verdadero”.

En la entrevista a Ledesma Miranda aparecida en *Correo literario* el 1 de noviembre de 1952, Carlos Fernández Cuenca –tras señalar la influencia ejercida en la educación

de su entrevistado por su tío Antonio Ledesma Hernández (*"Guiado por su tío, el mozo Ramón Ledesma frecuentó los clásicos latinos y griegos, los ingleses y los italianos, los españoles"*)–, identifica inequívocamente a éste como *"el tío Juan de Antes del mediodía"* y, de la mano de Ramón Ledesma, lo caracteriza como *"gran humanista, misántropo y desdenoso de la fama, apasionado bibliófilo, amigo de Valera y de Menéndez Pelayo, traductor del "Childe Harold" de Byron para la Biblioteca Clásica, autor de libros de sátira social muy elogiados por la mejor crítica de su tiempo"*. Y en las páginas autobiográficas que Ledesma Miranda esbozó a solicitud de Entrambasaguas (1963: 508) y que éste publicó al frente de su trabajo sobre el escritor puede leerse: *"Es de advertir en la formación de Ledesma Miranda la influencia de su tío Antonio, hermano del padre, poeta, escritor y filólogo que obliga al muchacho a leer a los autores en sus respectivos idiomas y le instruye en latín"*.

A continuación nos proponemos comentar las páginas de *Antes del mediodía* en las que son convertidos en personajes literarios, con amorosa pluma y esencial fidelidad, Antonio Ledesma Hernández –escritor y abogado almeriense al que hemos prestado una continuada atención (López Cruces, 1984; 1986; 1991; 1992-93; 1995<sup>a</sup>; 1995b; 1997; y 2000)– y su hija Ventura Ledesma. En veladas y conciertos coincidió muchas veces con ésta el escritor y músico almeriense Manuel del Águila, quien la escuchó a menudo hablar de su padre con exaltado afecto filial:

*"[...] Llena de inquietudes, de mente habilísima, con largas vivencias, firme memoria y gran pianista, que alegremente me arrastraba a interpretar a cuatro manos grandes tandas de valsos y fantasías, impresas en inefables ediciones añejas, algunas de las cuales me regaló y conservo. Me encantaba ir a su casa: una casa señorial, típicamente almeriense, con un gran portal, enlosado de mármol y, como llamador, una bella mano femenina de cobre brillante, había una entrada muy amplia y, al fondo, un jardín donde reinaba una enorme araucaria"* (Águila, 1995: 220-221).

## 2. "ANTES DEL MEDIODÍA": CUADRO PRIMERO

La primera aparición del tío Juan se da en el capítulo I (*"El teatro"*) del primero de los tres Cuadros en que está dividida la novela. El niño Enrique Almada, nacido en una familia que nada en la abundancia, tiene una encantadora institutriz inglesa llamada miss Maybole, que acostumbra a hacer regalos a Luz, la hija del tío de Enrique, don Juan. Éste, *"hombre delicado"*, al llegar el cumpleaños de la institutriz le envía a través de su hija *"una carterita de piel de Rusia, con un jacinto de plata incrustado"*. La segunda aparición se produce en el capítulo III (*"Horas y memorias más precisas"*), donde Enrique enfrenta los caracteres tan dispares de su padre –personaje que procede del padre del



2. Ramón Ledesma Hernández

escritor, Ramón Ledesma Hernández– y de su tío Juan (ilustración III). De su padre nos dice Enrique Almada:

“Fue de joven catedrático de Física Experimental. Político y hombre de negocios, de aire imponente y de infalibilidad, administrador escrupuloso [...] aquel hombre alto, delgado, de ojo grises y tristes, barba negra orlada de plata, exquisito vestir y tenues perfumes de sales, emanaba una onda de prestigio incontestable”.

Los hermanos Ledesma Hernández fueron cuatro: Antonio, Ramón, Matilde y Pepita. De Ramón Ledesma Hernández, padre del escritor, que nació probablemente en 1857, sabemos que era hijo de Ramón Ledesma Crehuet (1829-1881) y de doña María de la Encarnación Hernández Martínez (1837-1874), que contrajeron matrimonio en 1855. Desde 1876, cuando aún no tiene los veinte años, lleva la

administración de la inmensa fortuna de su abuelo Antonio Hernández Bustos (1809-79) y luego, fallecido éste, la de su abuela, Josefa Martínez Padilla (fallecida en 1888). Bajo la dirección de ésta, dirige los trabajos de construcción del panteón de los Hernández, concluido el año 1880 y hoy en ruinas. En 1882 la firma “Viuda de Antonio Hernández” se convierte en la nueva firma “Ramón Ledesma Hernández”. Con su hermano Antonio se afilia a la *Democracia Monárquica* de Moret, que luego confluye con la *Izquierda Dinástica*, que se fundirá en 1884 con el Partido Fusionista, base del futuro partido liberal de Almería, que Ramón llegará a dirigir años después. Es teniente de alcalde del Ayuntamiento almeriense y en 1889 abandona su trabajo como profesor de francés en la Escuela de Artes y Oficios de Almería para ser alcalde interino de la ciudad. En 1892 es vicepresidente de la Diputación y desde el 13 de diciembre, gobernador interino de Almería. En 1900 se casa con Josefina Miranda, siendo padrino su hermano Antonio y hallándose entre los testigos Segismundo Moret. En las elecciones del 19 de mayo de 1900 es elegido diputado a Cortes, por lo que pasa a vivir en Madrid, en donde fija su residencia, aunque su familia no dejará de volver a Almería durante los veranos. Toca el piano con maestría y realiza exitosas inversiones en desecación de marismas (López Cruces, 1984), empresas pesqueras, petrolíferas y turísticas. En 1901 nace su hijo Ramón

Ledesma Miranda. En 1906 es nombrado gobernador civil de Canarias. En los comicios de septiembre de 1907, Azorín resulta elegido diputado por el distrito de Purchena triunfando sobre su candidatura. El 27 de diciembre de 1908 presenta a Pérez Galdós, que junto a Pablo Iglesias preside un mitin antimaurista que apoya la creación de un Bloque de las Izquierdas, idea auspiciada por Moret. Desde 1910 hasta 1913, en que abandona esa función, Ledesma Hernández preside un partido liberal en crisis. Luego, perdemos su pista. Durante la guerra civil se refugia en Inglaterra, concretamente en Newcastle. Hemos podido leer el capítulo de sus memorias inéditas allí escritas titulado "La familia Hernández" (López Cruces, 1992-1993).

Enrique Almada señala que, a diferencia de su padre, su tío Juan, "era hombre sencillo, campechano y de carácter arbitrario". En una de sus cartas, me contaba Nicolás María Rodríguez, marido de doña Magdalena Ledesma, nieta de Antonio Ledesma, cómo don Antonio solía bromear sobre lo distintos que eran los dos hermanos: cuando paseaban de niños, mientras él se dedicaba a la contemplación del mar o de las murallas de la Alcazaba, su hermano, que solía mirar fijamente al suelo que pisaba, se topaba a cada paso con monedas y otros objetos de interés. Las relaciones entre los dos hermanos –uno práctico, serio, entregado a los negocios; el otro bohemio, epicúreo, despreocupado– nunca fueron buenas.

Antonio Ledesma vivió varios años en Madrid, concretamente entre 1888, fecha de sus segundas nupcias, y 1890. Luego visitará a menudo la Corte por asuntos profesionales, sobre todo desde la segunda mitad de los años noventa.

"Tío Juan, hombre de corpulenta talla y mirada ardiente y viva, era generoso, expansivo, despreocupado. Sin embargo de su enfermedad hepática, contraída por excesos de juventud y descuidada casi deliberadamente y en premeditado abandono, gozaba de excelente humor y traslucía una bella lozanía de espíritu. Hombre profundamente culto, le recuerdo atento a las más arduas lecturas de las que extraía siempre decantada esencia de placer. [...] A pesar de este epicureísmo, cuya raíz era, en suma, holgada y cómoda actitud contemplativa frente a la existen-



3. Antonio Ledesma Hernández. Tío Juan

cia, no lograba sortear su naturaleza entrañable las amarguras del vivir. [...] Vivía modestísimamente: unas hectáreas de terreno poco menos que yermo, procedentes de la mujer, y una renta exigua, herencia del padre, de la que apartaba un tercio regularmente. De tales recursos vivía en el último piso de una casa perteneciente a mi padre. [...] Hallábase la casa a un extremo de la calle de Alfonso XII, en las cercanías del Jardín Botánico. Por detenida hostilidad y tirantez de relaciones existentes entre mi padre y tío Juan, parece que éste pagaba su alquiler fieramente el día primero del mes, como hiciera al más exigente de los caseros”.

Ledesma se casó a finales de 1879 con Ventura Uruburu Fernández, una de las siete hijas del ingeniero jefe provincial de minas don Ricardo Uruburu, y enviudó el 27 de octubre de 1880, pues Ventura murió al dar a luz a una niña que llevará su nombre. En su novela *Ledesma Miranda* hace a la mujer del tío Juan “hija de un coronel retirado” y Enrique señala que la tía Luz murió “al dar a luz a mi prima”. El dolor de Antonio Ledesma por su temprana viudedad es reflejado con autenticidad en el relato: “La muerte de su esposa sumió al tío Juan –hombre vehemente y afectivo– en una melancolía de años”.

Antonio Ledesma Hernández se licenció en Granada en Derecho civil y canónico y en Filosofía y Letras. Durante su doctorado en Madrid conoció a Alarcón, Salvador y Salvador y a otros miembros de *La Cuerda* granadina, frecuentó el Ateneo de la calle de la Montera y oyó hablar del krausismo, que luego denigrará en su novela *Canuto Espárrago* (Almería, 1903). Entre diciembre de 1881 y febrero de 1882 dirige el periódico *La Democracia Monárquica*. En 1887 publicó su libro *Poemas* en la *Biblioteca de Autores Almerienses*. Aprovechando la herencia paterna –y si hemos de creer al novelista, ya que no tenemos constancia documental sobre dicho viaje–, vivió una temporada en París, donde sin duda mejoró su francés y oyó hablar de los poetas parnasianos y simbolistas, y viajó luego por otros países europeos. Así refleja todo ello, a su manera, *Ledesma Miranda* a través de la voz de Enrique Almada:

“Tío Juan había sido el hijo atolondrado de la familia. Atacado de manía enciclopedista, estudiaba a un mismo tiempo varias facultades, graduábase en dos y se mostraba insatisfecho del saber de sus profesores, a los que torturaba con unas extrañas preguntas intempestivas. Las aficiones literarias le llevaron de muchacho a frecuentar cenáculos y tertulias. Era hombre curioso y vagabundo que, según expresión de mi padre –¡cuántas veces he oído decir esto!– sabía todo lo que no hace falta para vivir. Editó un libro de versos elogiado en la prensa de entonces. Dio una conferencia en el Ateneo ridiculizando el krausismo en términos algo desvergonzados. Fundó una revista de vida breve, vivió, durante largo tiempo, la vida de París, donde conoció a toda una generación de impresionistas, artistas libres y refusés a la moda de entonces. Viajó por toda Europa, tomando el color y la temperatura de todos los climas. Huelga decir que la fortuna heredada del padre, una modesta fortuna, padeció considerablemente en aquellas correrías”.

A pesar de ser hombre de “auténtica y profunda cultura”, con un estilo de vivir “generoso, vivaz, satírico, exquisitamente popular”, el tío Juan es desdeñado por “el saber oficial y universitario”: “Su naturalidad de vagabundo, su inclinación al impromptu, su sencillez festiva iban mermándole crédito y en muchos labios florecía espinoso y acibarado el reproche de “bohemia”. Pero él aparenta no darse por enterado de semejante desvío y disfruta perpetrando inocentes venganzas sobre quienes lo desdeñan e intentan evitarlo por sus rarezas y extravagancias. Al sesudo profesor don Tomás tío Juan le dirá cosas como ésta: “¡Vaya con el simpático Tomasito! ¿Y esas clases? ¡Me suspenderás a los chicos, bergante! ¡Ten siempre conciencia de lo poco que tú sabes y sé benévolo con los demás! Pero esa cabecita tan dura, esa cabecita tan dura...”. Si don Tomás lleva prisa porque tiene una cita en un Ministerio, tío Juan exclamará: “-¡Ah, bergante! [...]. En acecho de combinaciones, estirando levitas, estudiando enchufes... Y luego a ser socialista fabiano... Si te he parido, Tomasito, si te he parido...”. Ledesma Miranda se regocija pintando los apuros del sesudo profesor y sus sudores cuando oye que el bromista Juan piensa asistir a sus clases para comprobar su nivel antes de decidirse a poner en sus manos la educación de su hija: “El interfecto cambiaba de color. / -Juan -gritaba jadeando-, sé humano, sé compasivo: manda a tu hija cuando quieras, pero tú abstente al menos... / -¿Temes que te descubra, impostorzuelo? Bueno, bueno, estudiaré el caso. Anda, ahora vete con Dios [...].”

Del retrato hecho a su tío en marzo de 1891 –cuando cuenta unos treinta y cinco años- en la *Rue d’Assas* de París, nos dice Enrique que trasluce “una espléndida alegría vital”: “El rostro un poco lleno, es despejado, abierto, oreado de largas patillas. Una oscura chalina se cierra entre las solapas cuadradas. Los ojos se lanzan abiertos a mares de sueño. Es el retrato de un aventurero, de un poeta. Hay algo en él de almirante Nelson y algo de Stendhal”. La descripción podría aplicarse sin dificultad a varios de los retratos que conservamos de Antonio Ledesma Hernández.

Enrique se enfada cuando escucha decir a su padre que en su familia sólo ha habido “chiflados y manirroto” y que su hermano Juan entra de lleno en ambas categorías. El capítulo IV (“Continúan horas y memorias precisándose”) dibuja la íntima relación existente entre el tío Juan y su sobrino, y el agradecimiento de éste por lo mucho que de él aprende y el afecto que de él recibe: “Cien años viva, y no olvidaré las generosidades de mi tío Juan para conmigo, sus nobles palabras en las que venía a clarificarse una vida justa y seria, sus consejos delicados, sus demandas cordialísimas de confidencia”. La librería de su tío está siempre a su disposición: “Mi tío Juan ordenaba en tres librerías de su despacho hasta cuatro centenares de volúmenes encuadernados. Quiero recordar que leía algunos en latín y otros en alemán”.

Algunas tardes el tío Juan, admirador de Baudelaire, de Mallarmé o de Verlaine, lee sus versos a su sobrino, a miss Maybole y a Luz: “Bon chevalier masqué qui chevauche en silence / Le malheur a percé mon vieux coeur de sa lance”... También ama la música. La mujer de Antonio Ledesma, Ventura, tocaba el piano, como también lo tocará su hija. En una atmósfera intimista, llena de melancolía, los recuerdos de su tío Antonio son recreados por Ledesma Miranda, también aficionado a la música. La nostalgia por la esposa

desaparecida se concreta en el piano de la salita y en las partituras de las piezas que tía Luz interpretaba, como, por ejemplo, las variaciones de Mendelssohn. Tío Juan pide a miss Maybole, aficionada también al piano, que evite tocar las variaciones citadas; mejor, sí, la adaptación del preludio de *Parsifal*. Luego Luz toca “su pieza”: un sencillo ejercicio de Clementi.

También deja traslucir Ledesma Miranda, a través de los personajes de tío Juan y la prima Luz, la complicidad y el cariño que existió siempre entre Antonio Ledesma y su hija Ventura:

“En nada se reflejaba con tanta pureza e intensidad la figura del tío Juan como en la atmósfera que rodeaba la existencia de su hija. A costa de sacrificios, Luz vestía siempre de un modo exquisito, iba suavemente perfumada, disponía de juguetes costosos, asistía a teatros y cines. La educación de mi prima era esmeradísima; a los diez años hablaba inglés y francés, dibujaba, cosía y tomaba parte en las discusiones con un desenfado delicioso.”

Luz es muchacha despierta que “amaba a su padre con una profunda ternura de amor. Le leía periódicos y revistas extranjeras. Doblábale cuidadosamente la ropa; y cuando nada tenía que hacer, se le quedaba mirando a los ojos, en éxtasis”. Por eso le duele que se llame a su padre “bohemio” y los demás no lo valoren como ella lo valora. También cuando en su casa se habla mal de su tío, Enrique sufre lo indecible, y más cuando ve a su madre apoyar los ataques paternos. Si el tío Juan no tiene moral, entonces toda moral le será antipática en adelante: “Porque me decía: “Es moral lo contrario de lo que es mi tío, y lo contrario de mi tío es el mal humor, no hacer caso a los niños, reñir frecuentemente, hablar de negocios y recibir alguna visita desagradable”.

La madre del protagonista, de *carácter dulce y apacible, discreta, de maneras suaves y sólo aparentemente fría, vive “sugestionada”* por su marido, que corta las alas a toda expansión de su carácter. Los padres de ésta lograron reunir —“*por herencia, compras y cambalaches*”— media docena de títulos nobiliarios: “*La inútil prosopopeya de un escudo, bordado en las almohadas, hería también inútilmente, mi mejilla en el sueño*”, se quejará Enrique. Sus padres no visitan la casa del tío Juan; tampoco éste ni Luz aparecen por la casa del protagonista. Éste sí ve a su tío y a su prima con asiduidad: cuando lo lleva su institutriz inglesa, tío Juan celebra alborozado la visita.

Si oye a su madre lamentarse de que la educación religiosa de Luz esté en manos de un hombre tan descarriado como su padre, Enrique defiende a su tío: “Pero mami, Luz es dichosa; y tío Juan la educa muy bien. Este junio aprobó el segundo de bachillerato cuando todavía no tiene doce años. Además confiesa y comulga. ¿No sabes que hizo en el pasado abril su primera comunión?”. Miss Maybole lo confirmará. La madre insiste: cree que tío Juan “*no ha pisado la iglesia desde el día en que se casó*”; por eso le aconseja que no frecuente demasiado esa casa y, si lo hace, que sea evitando que su padre se entere.



En la casa paterna el muchacho sólo oye hablar de las virtudes del capital, de jugadas de Bolsa, especulaciones bancarias y transacciones fructíferas. Pero su espíritu va en otra dirección. Cuando llegan las fiestas de Navidad, la madre le da permiso para que su institutriz lo lleve a ver a tío Juan y a Luz. Es la estampa navideña del capítulo VIII ("El pequeño desconocido entre los suyos"). Enrique respira en la casa de su tío más a sus anchas que en la de sus padres: el árbol navideño encendido; Luz, feliz de verlo; el tío Juan fumando en pipa mientras confecciona un portal de Belén con trozos de cartón, papeles de colores y pinturas: "Aquel nacimiento también lo he construido yo y me parece que no está mal— nos dijo entre dos alegres pipadas—. El que hago ahora es para Martín, el chico de la peinadora del cuarto piso". Enrique recuerda que el supuesto ateo, además de elaborar nacimientos, suele entrar en las iglesias y permite que su hija manifieste libremente su fe religiosa. Don Juan suele decir: "No poseo nada que pueda sustituir su fe. Si yo fuera un pedante diría que mi razón. Pero la razón no vale ni siquiera para saber algo de la verdad. A mí no me sirve más que para morir a sabiendas". Mientras Martín y Enrique miran embelesados el nacimiento, Luz juega con sus muñecas: Doña Isabelita, La Bella Durmiente y Tomasito. Al tío le preocupa la palidez del sobrino, que no se cría lo fuerte y robusto que debiera, se fatiga en exceso y parece rehuir el juego con los demás niños: "Hay que ser alegre y fuerte, Enrique [...], pasear, respirar al aire libre, hacer ganas de comer".

Un día miss Maybole explica a don Juan que sus servicios ya no son necesarios en casa de su hermano, por lo que regresa a Inglaterra: los padres de Enrique han decidido que el niño haga el Bachillerato como interno "en el colegio de jesuitas de C.". (En efecto, Ledesma Miranda hizo el bachillerato como alumno interno en el colegio de los jesuitas *Nuestra Señora del Recuerdo*, en Chamartín de la Rosa). Tío Juan tuerce el gesto: "¡A un colegio de Jesuitas!". Enrique, que está triste por tener que separarse pronto de miss Maybole, observa que su tío "quedó un momento suspenso, con una sombra de mal humor sobre los ojos". El capítulo XV ("Sol de Aries a Tauro") se centra en una foto obtenida por Martín con una Kodak infantil un jueves del mes de mayo en la huerta del colegio donde



Enrique está internado. El tío Juan “sonriente, ha colocado el sombrero de fieltro sobre una de sus rodillas, y muestra en una mano la sombrillita de Luz. Mi prima viste un traje de hilo, veraniego, muy sencillo y fresco”. El niño recibe periódicamente las visitas de sus padres y de su tío: “Tío Juan me visita los jueves, para no coincidir con mis padres, que vienen a verme los domingos”. Para alegrar a su sobrino, que muestra en cada visita su temor por el momento de la despedida, don Juan “ríe, cuenta anécdotas, dice bromas y chacotas, trata de apiolar una mariposa con el sombrero, fabrica divertidas figuras, anudando su pañuelo de bolsillo y procura hacernos reír por todos los medios”.

### 3. “ANTES DEL MEDIODÍA”: CUADRO SEGUNDO

El Cuadro Segundo se abre con el inicio de la Gran Guerra europea. Enrique es ya un adolescente rebelde con “crisis de furor, de lágrimas”, “explosiones de alegría” y “raptos melancólicos”. El padre intenta en vano que se interese por los negocios que han propiciado la fortuna familiar (la casa de navegación “Colombia-Elcania”, la Banca y la Sociedad Internacional de Intereses Generales) y, molesto por la fuerte influencia de su hermano sobre él, suele echarle en cara ser “el vivo retrato” de su tío, ir también para bohemia y no aspirar a una posición respetable. El muchacho reacciona entonces desafiante: “Gritaría yo que me parecía muy bien no ser nada respetable con tal de poder hacer mi santa voluntad; y luego daría las gracias por haber sido comparado a mi tío”.

Luz ha madurado, es ahora “serena, dulce y alta como la tarde” y Enrique se siente a su lado un niño inmaduro. En el capítulo II (“Perspectivas”), recuerda el adolescente que la primera vez que vio a su prima fue cuando ambos se examinaron en el Instituto, ocasión en que los profesores, que poco antes habían conversado con tío Juan, la examinaron así: “Nos va a decir, señorita, lo que le guste del programa”. La segunda vez fue en el cine (“habíamos nacido en los tiempos del film”), viendo con Luz, tío Juan, y Martín una reposición de *Quo vadis?*, en sesión amenizada con bombones y ramitos de violetas. El adolescente se siente humillado, pues encuentra a Luz muy mujer y a Martín más fuerte y alto que él. Tras la película, Enrique los lleva en su coche. “—A esto se llama vivir bien, Enrique— me dijo mi tío, arrellanándose en su asiento. / —¡Qué suerte la tuya de ser rico! —exclamó Martín. / —El primo Enrique es feliz —dijo Luz—. Pero ser rico no complace a Enrique, sobre todo si esto lo distancia de quienes más quiere en la vida: Luz, tío Juan, Martín.... La tercera vez fue cuando Luz vio aparecer en su casa a los hombres que transportaban el piano por el que llevaba dos años suspirando (“para ella un piano es el universo”), pues el de su madre era ya una reliquia: “tendremos dos pianos. El viejo lo conservamos donde está, y el nuevo lo llevaremos al comedor. De este modo, papá, te daré conciertos después de comer”.

Sabemos que Ledesma Miranda amaba la ópera, amor del que da muestras, por ejemplo, en su novela *La Casa de la Fama*. Con catorce años Enrique se inicia en la ópera, de la mano de Luz, que con su padre Juan suele ir al Teatro Real, “a sus modestas localidades de segunda fila de antepecho”. *El Barbero de Sevilla*, *Los Maestros Cantores*, *Carmen* o la

Serva Padrona entusiasman a Luz. Si al principio Enrique no ha encontrado nada ameno en Wagner o en la ópera italiana, acabará por entusiasmarse con este mundo. El tío Juan manifiesta un desprecio de "joven bárbaro y de refusé hacia las piedras angulares del teatro Real": "–Yo conocí, yo oí a Gayarre –solía decir–; tenía una voz empalagosa; era un ruiseñor de guardarropía".

Cuando su padre lo invita seriamente a compaginar sus estudios con una atención decidida a los negocios familiares, Enrique parece dudar de que los amigos capitalistas de su progenitor sean hombres de talento. Su padre le replica que, de no serlo, andarían "como tu tío, con los codos rotos". El hijo se indigna y se reproduce una vez más la acostumbrada pelea paterno-filial en torno a la persona del tío Juan: "–¿Luego, según tú, no es hombre de talento el tío Juan? / –Pschs... no digo tanto. La inteligencia de tu tío es como una multiplicación sin prueba o como un cheque sin provisión de fondos". Números, números, números. Enrique está harto de la grosera riqueza, que esclaviza a quien la posee....

El capítulo VII, ("Una baja en la gran milicia") nos presenta al tío Juan como centro de una tertulia en un viejo café de la Puerta del Sol. A pesar de sus dolencias de hígado, que le hacen presentar un rostro algo pajizo, no pierde nunca su buen humor. Son sus contertulios, entre otros, el sacerdote don Ulpiano, "que admiraba a mi tío porque sabía latín y había leído a santo Tomás", un capitán retirado de la Guardia civil y un viejecito de la Administración del Estado. El tío Juan goza entre ellos de fama de "hombre genial, de sabio contumaz y gran socarrón". Aunque intenta adaptarse a todos sin deseos de destacar, no pasa desapercibido el que se permita dar propinas de 40 céntimos o adquirir cajas de cigarros de no menos de dos pesetas. Algunos comentan que no dirige la palabra, "por tiquismiquis de familia", a su hermano "el ex ministro", que es rico, y que si don Juan no hizo carrera fue por falta "de disciplina, de orden, de administración". Pero todos coinciden en reconocer su amplia cultura. A don Ulpiano le admira que don Aniceto, el canónigo magistral de Almería, cuando pasa por Madrid le consulte "cuestiones de Teología y de Historia de la Iglesia". Lamenta, sin embargo, que hombre tan versado en Humanidades y tan curioso en las ciencias más diversas sea un descreído. Cuando lo conoció lo creyó volteriano o masón; ahora sabe que su hija "no pierde una misa y que, por Navidades, él mismo construye los nacimientos". Alguien cree que tío Juan "Morirá como un bendito, sin olvidar sacramento". El guardia civil se lamenta entonces de que ya no queden librepensadores de verdad como don Olegario, el director de El Radical de su pueblo –alusión diáfana al escritor y periodista republicano José Jesús García, director de El Radical almeriense–, quien antes de morir solicitó un gorro frigio e hizo que la banda municipal interpretarse a su puerta La Marsellesa. Durante su entierro, la guardia civil tuvo que empeñarse duro contra los manifestantes, algunos de los cuales acabaron presos en los sótanos de la Alcaldía. Ésos sí eran hombres y librepensadores de verdad. El hombre debe ser consecuente con sus ideas, piensa el guardia civil.

Cuando el tío Juan aparece en el tertulia, don Ulpiano, con melosa voz presbiterial, le ruega: "–Infórmenos, don Juan [...] de lo que ocurre en el mundo de la inteligencia, de

los valores". La respuesta suele ser socarrona: "–Mucho bueno, don Ulpiano– respondía mi tío Juan, sonriendo jovialmente". Y pasa a reírse del profesor de Historia Natural que, autor de un libro sobre el instinto de los batracios, que sus alumnos han de comprar obligatoriamente, confiesa en el mismo "que no es digno de ocuparse de un asunto tan elevado como el atañedero a los estímulos de las ranas". La segunda edición saldrá el año próximo gracias a un hábil recurso de su autor: "lo que en la primera edición es letra cursiva y negrilla, en la segunda –salvo ciertas variantes para cuya corroboración y cotejo será necesario adquirir un nuevo ejemplar–, aparecerá en tipo corriente." Y don Juan remata, entre las risas generales: "Hay pedida para su autor la cruz del mérito civil".

Por entonces cae enfermo el tío Juan: "Un poco de dispepsia, dolores de estómago y de hígado, frecuentes accesos de náuseas". Él asegura que se trata de "la enfermedad de Beethoven", aunque no padece "la serie completa de manifestaciones que la amenizan". El médico está contrariado, por no ver aparecer el mal humor o la hipocondría; al revés, el enfermo está eufórico, casi feliz. En la intimidad, tío Juan, de sesenta años, se muestra: "muy generoso, locuaz y expansivo, perdiendo sabor irónico sus intenciones, brillándole sus ojos en el mirar, animado y natural; entonces decía sabias, alegres y saludables palabras que arrastraban sonos de juventud". Pero en público brilla su don para la sátira: "y si por desventura caía algún pedante en la colada, entonces era feroz, implacable". Cuando se le advierte que morirá con seguridad "a mano de algún catedrático numerario" o por una disposición de la Gaceta, él responde sonriente: "–Quiero ser el primer mártir de una santa cruzada contra los pedantes, contra los impostores, contra los tontos crueles y malignos".

En el capítulo VIII ("Memorias de unas luces") se nos cuenta que el tío Juan ha prometido llevar a Luz a París, si es que logra comprar una finquilla de viñas que prometen una buena cosecha. Enrique, que pronto partirá a un viaje por Europa, se interesa por la antigua estancia de su tío en la capital francesa. Don Juan recuerda su juventud, la época en que todo parecía posible y aún tenía ambiciones: "Mi París puede desplegarse en un almanaque de lugares bellos y solitarios, casi siempre humildes: la placita del ábside de Nôtre Dame, vecina a la Morgue, por ejemplo, apacible lugar de gesto provinciano y antiguo". Y le habla de sus discusiones con Luis Hertz –quien luego llegó a ser célebre matemático– sobre Poincaré, Bergson, Michelson o Pasteur. Estaba abonado en el restaurante Des Bons Amis, uno de los más pobres de Montmartre: "la pobrísima señora rentista, el militar retirado, la midinette y el bohemio nos dirigíamos miradas de fraternidad sentados a la larga mesa común, frente al plato de sopa hirviente, con avidez regurgitada". Una vez visitó la Morgue para decir adiós a un "hombre melencólico" que se suicidó: "Entonces era verdad el suicidio y algunos hombres decían que les dolía el cosmos, y es el caso que muchos morían de tan extraña epidemia". Solía comprar en los puestos de libros de los soportales del Odeón pulcras ediciones de los clásicos –Ovidio, Terencio, Lucrecio y Tibulo– y de los modernos: Walt Whitman, Mach o Guillermo Ostwald.

El capítulo IX ("Tempo apassionato") presenta el amor de Enrique por su prima Luz –trasunto literario de la admiración que posiblemente sintió el joven Ledesma Miranda

por su prima Ventura, que le llevaba algo más de veinte años –en medio de una atmósfera presidida por la música del piano. La salita donde éste se halla está llena de litografías y estampas, porque Luz y tío Juan gustan de adquirirlas: a Luz le encantan las de asunto místico; a tío Juan le divierten “las francachelas holandesas y flamencas de fresco ambiente popular, en donde reina la abundancia y el buen humor”. Luz luce ante su primo sus dotes de pianista. Su padre, que se muestra legítimamente orgulloso de ellas, aconseja a su hija: “Démosle al primo su música, la de sus años. Tu tocata y fuga de Bach, tus suites de Débussy me pertenecen a mí”. Enrique preferirá seguramente su “banda militar”, ya que para un joven “lo que no es estimulante es depresivo”: la Sonata Apasionata de Beethoven, por ejemplo. Luego Luz enseña a su primo la Vida de Beethoven de Romain Rolland, que su padre le regaló el día en que acabó de estudiar las Variaciones de Beethoven. Mientras don Juan ojea un compendio de armonía, Luz dice a Enrique: “Le divierte leer tratados de composición, libros de técnica. A veces coge un texto de Geometría del Instituto y se enfrasca en él como si fuese una novela”. Don Juan quiere que ella estudie una carrera y haga unas oposiciones, ya que él no las llegó a hacer. A Luz le entristece que su padre, a pesar de enorme valía y por exceso de humildad y sencillez, no sea tomado en serio por sus amigos: “Ellos son profesionales, ingenieros, gente consolidada y de posición, y desdeñan al que no ha sabido o no ha querido seguir sus pasos y dar a su vida una orientación práctica”. (Notemos que Ledesma Miranda no hace al tío Juan abogado, la profesión de Antonio Ledesma, porque desea ejemplificar en él al hombre culto que no ejerce ningún papel relevante en sociedad). Enrique confiesa a Luz: “yo amo a tu padre más que al mío; porque ¿quién ha empezado a formar mi corazón más que él... y tú?”. Luz le da la razón –“¿Cómo no has de tener influencias de él en tu vida?”– y le recuerda la preocupación de su padre por su salud cuando era un niño de “mirada taciturna, de viejecillo”: “–En verdad, Enrique, te ha demostrado siempre igual cariño que a mí y eres verdadero hijo suyo”. Luego hablan de los problemas de Enrique, que se siente infeliz, cosa que Luz no entiende, pues tiene todo lo que puede desear: “Has cambiado bastante, primo”.

Almada viaja por encargo de su padre, para asistir a un congreso de accionistas, hasta un París que habla del inminente armisticio; luego visita diversas partes de Italia. Un día recibe carta de Luz, que le comunica que su tío quiere verlo, pues está enfermo, y quizás de gravedad.

#### 4. “ANTES DEL MEDIODÍA”: CUADRO TERCERO

El Tercer Cuadro de la novela (capítulo I, “El retorno”) se abre con el padre de Enrique pasando revista al “ropero de lutos y de actitudes circunspectas” y recalcando que si está tan enfermo su hermano es sólo debido a sus lamentables excesos de juventud: “No entiendo a estos hombres de talento”. ¿Y el porvenir de Luz si falta Juan?

“Seguramente su padre la ha intoxicado de obstinación, de bohemia y de laicismo. ¡Dios nos asista! Tampoco sé cómo andan de dinero. El pobre Juan, incapaz de ganar una peseta, ha llevado su terquedad y su orgullo al extremo de rechazar mi ayuda. De haber depuesto él su actitud desdeñosa con respecto a nosotros, le hubiese dispensado el alquiler de la casa, consiguiéndole, además, algunas reformas en el cuarto; le hubiera procurado, ¡qué sé yo!, una buena colocación; y a su hija, la entrada en un internado... ¿se puede sacrificar el porvenir de una hija a cierta vanidad insípida o amor propio mal entendido?”.

Enrique sufre al escuchar “la eterna salmodia”. Pregunta a su padre cuánto tiempo hace que no visita a su hermano. El padre, perplejo ante la pregunta, responde: “—Hace, efectivamente, algún tiempo que no viene él a visitarme. Has de tener en cuenta que es él quien nos debe visitar...”

Ya en casa de tío Juan, Luz asegura a su primo que no va a poder vivir sin su padre. El tío Juan, de rostro amarillento y aire avejentado, saluda afectuoso a su cosmopolita sobrino: “—¡Eh! ¡El viajero!”.

En el capítulo III (“Tetis piadosa”) la madre de Enrique, que siempre ha lamentado “la estrechez de relaciones entre personas de la familia”, visita al tío Juan y a Luz acompañada por su marido. El enfermo, sorprendido por hecho tan inesperado, les pregunta si es que creen que se va a morir. El capítulo IV (“Capuletos y Montescos”) nos muestra a Luz tensa y dubitativa ante la madre de Enrique, con la que apenas ha tratado. Y es que su padre la ha aficionado “al trato de las gentes humildes, a las minucias cotidianas, al orden de las cosas útiles y sencillas; había creado en ella el refinado gusto de la simplicidad, el cual condena y acusa de impuro a cuanto es ornamental y accesorio. Sentía Luz horror por lo fastuoso y teatral”. El padre de Enrique apenas dice nada: “Mi padre conservaba su aire glacial y displicente de parlamentario de derechas”, recordará Almada años después. Tío Juan se expresa “burlona, irónicamente”. La madre de Enrique pide a ambos un poco de tolerancia, que cejen en su “amor propio”. El tío Juan se queja de que hayan ido a mortificarlo y su hermano declara de manera terminante: “Imposible todo intento de conciliación”. Vuelve a quejarse la madre de Enrique de la “vesanía y agresividad” de su esposo y su cuñado. A la pregunta de su hermano “¿Tú necesitas algo?”, el tío Juan le responde preguntándole si es que ha venido a “hacer un negocio con mi dignidad y con mi tranquilidad”. Y concluye: “¡Necesito, sí, que te vayas de mi casa!”. Tras lo ocurrido, el padre de Enrique prohíbe a éste que vuelva a la casa del tío Juan.

El capítulo VII de este tercer Cuadro (“Intermedio”) nos muestra los últimos momentos de la vida del tío Juan. (Recordemos que cuando Ledesma Miranda escribe la novela (1930) su tío Antonio aún vive, pues su muerte tendrá lugar siete años después). La actitud de su cuñada ha impresionado vivamente al enfermo: “Habíala juzgado siempre con imperdonable prevención. La creía ambiciosa, despótica, engreída y teatral. / —He sido injusto con ella; que me perdone —decía”. Sabe que se muere, y está harto de pócimas y de visitas de médicos, y pide a Luz: “—Ve al piano y repasa para mí esa Tocatá y fuga de Bach”. Y su hija lanza al aire unos sonos que “en circunstancias tales la herían con extraño tesón”.

Llevado por Luz hasta el lecho del enfermo para que confiese a éste, el sacerdote don Ulpiano ve pronto que no va a entenderse con él. Tras una tensa conversación y después de haberse negado a la confesión, éste le pide que diga a Luz que se confesó como cristiano, "que mi alma quedó muy confortada y resignada". Don Ulpiano asegura en la tertulia que don Juan morirá "como un santito, convicto y confeso". Al oír esto, el guardia civil exclama: "¡Valiente hombre de ciencia!" y vuelve a recordar al director de El Radical de su pueblo, ejemplo de máxima coherencia con las propias ideas.

Antes de morir, el tío Juan hace un ruego a Luz y a Enrique: "–Prometedme que os casaréis, hijos". El Enrique Almada que está llegando a los treinta años hará este homenaje a la persona de su tío: "Así murió en mi tío una parte de mi alma y principió a nacer otra parte. Mi tío condujo a la tumba mis días de niñez y de adolescencia, con el cortejo de sensaciones, dulces o acres, dolorosas o gozosas que acompañan al estiramiento físico, la ascensión espiritual, de una juventud ambiciosa y pensativa".

El capítulo VIII ("Continúa el azul tenaz") nos habla del nacimiento del mito del tío Juan, que "penetraba la vida de los suyos, dirigía su existencia". No logra figurarse Luz a su padre en el Paraíso, "inmóvil, estático, espiritado" junto al Padre Eterno. Sin su padre siente que no es nada: "y se daba al mito y creaba el penate". Enrique hereda los libros de su tío. Abre uno de ellos al azar y lee estos versos: "Bon chevalier masqué qui chevauche en silence, / le malheur a percé mon vieux coeur de sa lance". Los mismos lo hacen llorar: "Se llenaron mis ojos de lágrimas, porque en estos versos se me revelaba la memoria perfumada de mi corazón, guardada en el corazón del tío Juan".

Sin embargo, Enrique acaba reconociendo que, en el fondo, entre él y su tío había muy poco en común:

"[...] la dirección de mi alma era la vuelta sobre mí, el desdoblamiento introspectivo, punto de partida de todo conocimiento; la de su pensar era una pesquisición de lo externo, fiada a la buena disposición del sujeto cognoscente. En resumen, él buscaba la naturaleza y yo buscaba el alma. Él era un pragmatista en cierta manera, y yo –de vuelta, sin saberlo– tornaba al idealismo y a la metafísica."

## 5. BIBLIOGRAFÍA

- ÁGUILA ORTEGA, M. del (1995): "Nicolás Salmerón o la porfiada utopía", en *150 aniversario del Instituto de Bachillerato de Almería. Actas*. Almería, Instituto de Estudios Almerienses, pp. 217-226.
- ENTRAMBASAGUAS, J. de (1963): *Mejores novelas contemporáneas*, ed. Aguilar, t. IX, pp. 507-533.
- LEDESMA HERNÁNDEZ, A. (1997): *El libro de los recuerdos (1856-1922)*, edición, introducción y notas de A. J. López Cruces, Almería, Instituto de Estudios Almerienses, Diputación Provincial de Almería.

- LEDESMA MIRANDA, Ramón (1930): *Antes del mediodía*, Madrid, ed. Renacimiento, 370 pp.
- LÓPEZ CRUCES, Antonio José (1984): "Los Zóbel y Almería", *Ideal de Almería*, 11 de noviembre.
- \_\_\_\_\_ (1986): "Un epistolario inédito dirigido al escritor almeriense Antonio Ledesma Hernández», en *Boletín del Instituto de Estudios Almerienses*, núm. 6. Letras. Almería, pp. 15-40.
- \_\_\_\_\_ (1991): *Introducción a la vida y la obra de Antonio Ledesma Hernández (1856-1937)*. Almería, Instituto de Estudios Almerienses de la Diputación de Almería.
- \_\_\_\_\_ (1992-93): "Noticia del comerciante y político almeriense Antonio Hernández Bustos (1809-1879)", en *Boletín del Instituto de Estudios almerienses*, núm. 11/12, Letras, pp. 119-146.
- (1995a): «Ledesma contra Salmerón», en *Boletín del Instituto de Estudios almerienses*. núm. 14, Letras, pp. 63-89.
- \_\_\_\_\_ (1995b): «Antonio Ledesma Hernández, alumno del Instituto almeriense (1867-70)», en *150 aniversario del Instituto de Bachillerato de Almería. Actas*. Almería, Instituto de Estudios Almerienses, pp. 85-102.
- \_\_\_\_\_ (1997): "Alhama la Seca. Un poema inédito de Antonio Ledesma Hernández", *El Eco de Alhama*, año II, núm. 3, julio, pp. 10-11.
- \_\_\_\_\_ (2000): "Un leopardiano español del siglo XIX: Antonio Ledesma Hernández", *Quaderni di filologia e lingue romanze. Ricerche svolte nell'Università di Macerata*, Supplemento, Terza serie, 15, pp. 59-83.
- NORA, EUGENIO DE (1962): *La novela española contemporánea (1939-1967)*, Madrid, ed. Gredos, t. II.